

promover el mas ligero murmullo. ¿Qué inferir de todos estos hechos? Que el pueblo mejicano será virtuoso, pacífico, avezado á los hábitos domésticos, facil de gobernarse; pero ¿capaz de gobernarse á sí mismo en república? No; mientras no adquiera hábitos públicos.

Instituciones se ha dado él tambien con mano pródiga, y ¿qué instituciones! Mas estas solo prestan la forma, solo son la organizacion por medio de la cual ha de obrar una vida preexistente, y Méjico no tenia ni conocia la vida republicana. De todos modos, ¿cabe en ninguna cabeza sana imaginar para un pueblo de hábitos tan domésticos y de una vida exterior tan apagada, una organizacion tan complicada y vasta como la de la república federal? ¿*Quinientos legisladores soberanos* debatiendo permanentemente y poniendo en cuestion cada dia la existencia misma, ó sean los mas caros intereses, de una sociedad constituida como lo estaba la de Méjico! Yo sostengo que en ninguna época de la historia la familia española ha podido llevar sobre sus hombros el peso y la balumba de una tan inmensa discusion, y que no se necesitaba de otro espediente para arruinar la república en Méjico.

Con efecto, la discusion no está en nuestro genio ni en nuestros hábitos, y esta consideracion debe hacer parco al legislador en suministrarnos tan fuerte alimento. Ella es el nudo social de los pueblos germánicos, que ponen en comun la mas grande porcion de su existencia; pero nosotros, que estamos animados de una *personalidad* tan fuertemente pronunciada, y que no la sacrificamos sino á Dios; nosotros, que estamos organizados de una manera tan admirable para sentir y para obrar, y que en fuerza de esta organizacion, y como su primera necesidad, damos á la *fe* en las personas é instituciones que han de regirnos lo que otros buscan en garantías de todos géneros, no podemos hacer de la discusion el sustentáculo de nuestra vida social, ni darle sino una importancia relativa. Lejos de mí la idea de abogar por sistemas absolutistas: desde que tuve uso de razon ha latido mi pecho por las ideas liberales, como el puerto donde á la altura á que ha llegado la civilizacion pueda refugiarse la dignidad humana y salvarse del naufragio que parece hoy amagar á todo noble sentimiento y grande institucion; pero procuro poner las cosas en claro, y no alucinar en el juicio de nuestra situacion:

quiero y debo reconocer que la discusion es un arroyo que viene á aumentar el rio de nuestra existencia; que es una agregacion de vida que nos viene de fuera, y que bajo la forma de parlamento y de periódicos nos envia la vida general de la sociedad europea, en la que hemos comenzado á mezclarnos; agregacion que yo recibo con mil amores por proceder de un origen tan puro, la gran civilizacion occidental, animada de un fuego tan vivificador como lo es el cristianismo, y alumbrada de un astro tan luminoso como lo es la ciencia.

Otra consideracion habia muy fuerte para retener al legislador mejicano y apartarle de la nueva via en que iba á entrar. El pueblo aquel, como llevo dicho, está organizado para gozar, y la naturaleza que le rodea remunera con tanta largueza su trabajo, que parece tambien invitarle al descanso y á la holganza: la clase acomodada aún está con dobles cadenas atada á esta general tendencia por su viciosa educacion, y por hallarse acostumbrada á heredar. Pues he aqui que á una sociedad asi constituida, que tiene religiones degeneradas y un ejército numeroso que sostengan la vagancia y el espíritu de vivir sobre el trabajo ageno, se le abre todavia el nuevo y vastísimo cam-

po de una complicadísima máquina de gobierno, que exige infinitos brazos para moverse, y se inocular en sus venas ese beleño fatal de la empleomanía, verdadera plaga de las sociedades modernas y muy especialmente de la española. Yo no exijo en nada que sea humano la perfeccion; pero de aqui á sembrar el mismo legislador con solícita mano de piedras de escándalo el camino que ha de correr su pueblo para que en ellas tropiece y caiga, en vez de despejarse con esmerada atencion á sus flaquezas y propensiones viciosas, creo que haya una distancia inmensa.

Todas estas observaciones tienen rigurosa aplicacion á la época en que el pueblo mejicano entró en el camino nuevo de la república; y si él no tenia inteligencia suficiente para hacérselas, debieron suplirle en este trabajo sus directores: hoy no hay mas diferencia que la mayor esperiencia y el principio de la formacion de hábitos públicos y de un carácter nacional. Tales son los vicios radicales de la política mejicana respecto del gobierno: veamos cómo se ha conducido en otras grandes cuestiones.

Entre todas descuella por su importancia y ramificaciones la de razas, que llega á confundirse con la de colonizacion, y que

el gobierno español trató á su modo siempre como cuestion de primer orden, y resolvió provisionalmente cuanto bastaba á la estabilidad de aquel orden de cosas. Hoy, que aquella sociedad pretende haberse constituido definitivamente, esa cuestion está sin embargo intacta; porque si se ha resuelto en el orden legal con arreglo á principios de alta política y humanidad, permanece la misma en el social, no habiéndose alzado por la opinion la valla que se para las razas, y siendo iguales en número ó acaso menos que antes los puntos de contacto que existen entre ellas. Bien se ve que esta es una posicion falsa para una sociedad organizada en república, que lo primero de todo debe mostrarse celosa en definir y garantir el estado civil de todos sus súbditos bajo el nivel inexorable de la igualdad ante la ley, y de una igualdad de hecho á la vez que de derecho, so pena de falsificar y destruir la base del edificio del gobierno; mas esta obra está por acabar, y aun no exagero si digo que está por empezar: cuatro quintos de la poblacion mejicana son ciudadanos solo en el papel, porque la ley tiene la bondad de darles este nombre. Y que la cuestion es de importancia y además urgente, bien lo acreditan algunos

chispazos que de cuando en cuando vienen á avisar á la descuidada sociedad de que pisa unas cenizas que encubren un fuego mal apagado. En 1842 los indios del Sur, probablemente escitados por oculta mano, tomaron á su cargo hacerse justicia en ciertas demandas de lindes, y se la hicieron quemando porcion de haciendas, asolando sus edificios y asesinando á sus moradores. En Sonora estaban por la misma época los indios en armas con otros motivos.

Es doblemente crítica la posicion de la clase reinante, hoy que no tiene el apoyo de un gobierno fuerte, cual lo era el de España; hoy que en sus flacas filas son de notarse los claros dejados por los españoles, que ya carecen de interés en este asunto, y que sin embargo eran los que estaban dotados del genio necesario para manejar y subyugar por su ascendiente moral á los indios lo mismo que á las castas. Los mejicanos deben pues insistir con empeño en hacer desaparecer todos estos ilotas, elevándolos hasta la ciudadanía y alzándolos para ello de su condicion abatida; pero no deben descuidarse por esto en reclutar y aumentar sus filas con nuevas adquisiciones de ciudadanos.

La colonizacion es un interés de pri-

mer orden en Méjico, no solo por las afinidades que tiene con la gran cuestion de razas, sino porque encierra el porvenir de aquel rico, estendido y privilegiado pais. La América del norte miró en los grandes momentos de su emancipacion á Europa, y la vió agobiada bajo el peso de caducas instituciones y minada por el vicio y por la miseria: volvió luego la vista sobre su bello continente virgen, y comprendiendo al punto los designios de la Providencia, alzó la voz diciendo: "A mí todos los pobres y todos los desgraciados;" y Europa respondió al llamamiento, y América fue feliz, porque comprendió los designios de Dios. Si Méjico hubiera imitado esta conducta, probablemente habria recogido los mismos ó mas abundantes frutos; porque su suelo y su clima son mucho mas apetecibles que los de la vecina América, y porque la necesidad de emigrar se hacia y continúa haciéndose sentir mas que nunca en Europa: pero Méjico ha sacrificado este porvenir á su fe; y ciertamente, si hay algo sobre la tierra digno de recibir tan grande y noble sacrificio es la fe. Pudieran sin embargo haberse conciliado ambos á dos intereses, el de las creencias y el de la colonizacion; y si Méjico hubiese acertado á

darse un gobierno estable y protector, no habrian escaseado los colonos; mas sin virtudes y sin juicio no hay gobierno, y sin gobierno no puede haber colonizacion, ó si la hay es para desgarrar las entrañas de la madre patria, como ha sucedido á Méjico con Tejas.

Repito que la fe es digna de los mas grandes sacrificios, y que en un Estado ya formado como el de Méjico no hay interés que no deba subordinarse al de la religion; no siendo justo que lo presente se ofrezca en holocausto á lo porvenir, antes bien mas equitativo y razonable que la sociedad venidera vaya recibiendo la ley de existencia de la sociedad actual ya desenvuelta. La libertad de cultos habria en el instante poblado los desiertos de Méjico; pero probablemente Méjico habria dejado de existir á estas fechas; quiero decir la antigua y española Méjico, y no puede exigirse de nadie que se suicide. Si pues la unidad de creencias era una ley de la existencia social de Méjico, todo otro interés ha debido subordinarsele. Esa unidad es por otra parte un vínculo precioso de nacionalidad, que por desgracia va desapareciendo en Europa, si bien la tolerancia religiosa le ha traído el gran bien de calmar los odios que antes la

devoraban, y de permitir producirse á los grandes gérmenes de progreso que lleva en su seno. Mas entre nosotros no habria la libertad de conciencia acarreado este bien, y ciertamente nos hubiera privado del beneficio inestimable de aquella unidad: ella no podia tener respecto de nosotros ese carácter pacificador, pues que la guerra no preexistia, y sí en su lugar el de atizadora de la discordia y encendedora de la guerra: de aqui el que en España ni en Méjico no haya debido en sana política imitarse en el particular la conducta de la Europa culta.

Hasta aqui estoy de acuerdo con el sesgo de la política mejicana; pero la cuestion religiosa, no por despejarse de las teorías filosóficas del siglo deja de ser complicada y difícil, y creo que Méjico en el modo de tratarla no ha añadido luz ninguna á la ciencia del gobierno en este importante ramo.

Las relaciones entre el Imperio y el Sacerdocio han quedado en el mismo pie, sin alteracion de ninguna especie, en que las dejó el gobierno español. ¿Y podrá nadie persuadirse á que la fórmula buena para reglar esas relaciones en un estado colonial regido por un gobierno monárquico-absoluto-teocrático, pueda continuar siéndolo

respecto de ese mismo Estado hecho independiente, y regido por la forma de gobierno mas avanzada y libre que se conoce? Yo supongo que no estoy tratando de dogma, y sí de un punto de libre discusion, que en tal concepto pertenece al patrimonio de la ciencia, cual lo es indudablemente el de fijar en cada época y con sujecion á sus necesidades espirituales y sociales las relaciones que han de ligar ambas á dos potestades sin menoscabo esencial de su recíproca independencia y con provecho de la sociedad. De otro modo sería un poco difícil explicar las eternas variaciones de la mezcla en que cayeron esas relaciones desde que la cruz coronó no solo los templos sino tambien los palacios, y adornó los estandartes del imperio romano: en esta mezcla ha dominado, segun los tiempos y el temple de los papas y de los reyes, cuándo el elemento religioso, y cuándo el político: la guerra ha sido permanente y viva, y se ha conducido con estrañas vicisitudes: últimamente, lo que ha habido es transaccion y no paz, la cual acaso se establezca un dia por la misericordia divina, pero no será sino despojando la cuestion de lo que tiene de terreno y dejándola en su pureza inmaculada. En ese dia se firmará por las dos potestades un

tratado de absoluta independencia recíproca, y sus relaciones quedarán bajo el pie de viva fraternidad, como hijas que son de un mismo padre celestial: la fórmula no habrá que pedírsela á la ciencia, que la da el Evangelio con sublime simplicidad. Pero lo repito, esa república tan lozana de vida, tan rica de porvenir; esa Méjico que con tantos bríos y denuedo entró en la noble lid de la vida pública, nada ha puesto de su parte, ningun contingente ha traído á la ciencia, nada ha hecho para acelerar la llegada de ese día suspirado de paz.

Uno de los defectos de la política mejicana ha sido el de que en sus manos haya casi desaparecido el precioso legado que el gobierno español le dejó en la existencia de una capital. Sin capital no hay nacion; y de este vicio grandemente flaquea y adolece la nacionalidad de la Union americana, si bien está en alguna manera compensado por la existencia de un inmenso espíritu público. Pues bien, Méjico era realmente la capital de N. E., no solo por su importancia material y sus antecedentes gloriosos, pero tambien por ser el corazon donde latia la vida política, religiosa y comercial de toda aquella estendida sociedad. ¿Qué ha hecho la política de la revolucion para conservar si-

quiera el beneficio de una capital formada por trescientos años de trabajo social? Parece increíble que en tan corto espacio de tiempo como el que ha mediado desde la independencia se pueda haber perdido tanto terreno en este punto. Desacreditado el principio del gobierno, este inmenso crédito ha recaído todo entero sobre la capital, que no escita por fuera sino profundas antipatías. Méjico, se dice, no hace mas que consumir toda la sustancia de la nacion, sin devolverle en cambio sino corrupcion y miseria: Méjico no atiende á los departamentos fronterizos ni á los que tiene á sus puertas, y su solicitud no se estiende fuera del radio de lo que la vista alcanza á descubrir desde la torre metropolitana; Méjico en fin no gobierna en ningun sentido. Por otra parte el comercio de Europa y Asia va olvidando el camino de la capital y abriéndose nuevas sendas. Este es un daño incalculable, y uno de los mas graves peligros de la nacionalidad mejicana. Solo ese odio universal que escita Méjico puede explicar el voto del último congreso constituyente por la federacion; sistema que permite á los departamentos sacudir el ignominioso yugo que sufren. Ese odio vive con mayor energía en los departamentos

del centro, cuales son San Luis, Zacatecas, Guanajuato y Jalisco, avocados en consecuencia á aprovecharse de los lazos que los unen y de los elementos que encierran para formar una pequeña nacionalidad tan luego como suene la hora del desmembramiento.

No quiero engolfarme mas ni en esta ni en otras cuestiones, contentándome con haber tocado y no manoseado las mas grandes que se me han ofrecido en mi camino. Las de administracion y de gobierno interior en su lugar las he tratado, no siendo dudoso mi juicio en ellas segun lo que llevo dicho. Mas despues de todo, ¿qué es lo que se saca en limpio? ¿Dónde está el pensamiento de gobierno, alma de ese cuerpo que se dice *nacion mejicana independiente, gobernada por república representativa popular*? ¿En qué orden ó clase del pueblo radica, cuáles intereses representa, en qué grandes inteligencias ha encarnado á fin de recibir miembros y proporcion que le dispongan á la vida, ó con qué resolucion y energía se ha planteado y ha funcionado? Yo no lo descubro por mas que miro, porque en lugar de pueblo solo vislumbro una masa informe de hombres sin principios comunes de existencia, en donde sobra la

materia y falta el espíritu; en vez de intereses que se correspondan, hallo intereses que se contradicen por falta de mano que los ponga en consonancia; en lugar de esas grandes inteligencias y acrisolado patriotismo que han marcado en todos tiempos la fundacion de los estados y sobre todo la era de las repúblicas, no encuentro sino pobreza de miras y fuerza de pasion individual; porque en fin, en vez de la energía que da un carácter bien templado en el pueblo y virtudes en los ciudadanos, no hallo mas que indecision eterna y mano insegura en el mando.

No culpo á aquellos hombres de Estado de no haber hecho mas, sino de no haber acertado á discurrir que no se podía tampoco esperar mas: un artista no trabaja del aire, ni pudo forjarse de barro la estatua de la Venus antigua; y á este modo el político necesita un pueblo sobre que operar. Ni por eso trato de desalentar: la educacion puede suplir el genio, y la esperiencia de la vida formar el carácter: el pueblo mejicano va teniendo estas dos cosas, cuya posesion definitiva mejorará infinito su posicion respecto del gobierno.